

# LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico [sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx](mailto:sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx)  
En Internet <http://www.geocities.com/sergiomontesgarcia>

NO. 235

## FRANCISCO VILLA, JUSTICIERO

José G. Montes

1908-1979

*José G. Montes (nació el 2 de febrero en La Estanzuela, Zac; murió el 27 de marzo en Tlaltenango, Zac.) ejerció el magisterio por más de cincuenta años. Incursionó en la vida política de su estado donde ocupó diversos cargos de elección popular. Como autor de cuentos, artículos de carácter histórico, análisis de la vida política y social, etc. colaboró en diarios y revistas de Guadalajara, Zacatecas y Aguascalientes. De su labor literaria destacan Tlaltenango de Zacatecas (1972) y Anecdótico de la Revolución (1981). Por su obra magisterial, política y literaria se hizo acreedor, entre otros reconocimientos, de la medalla "Forjadores del México Moderno", por el Instituto Nacional de la Juventud y de la medalla y diploma "Maestro Ignacio M. Altamirano", por la Presidencia de la República.*

Corría el año de 1919 y Villa, como en ocasiones anteriores, era jubilosamente recibido por el pueblo de Satevó allá en las lejanas tierras de Chihuahua.

El guerrillero solía hospedarse en la casa de doña Gertrudis García, una de las más honorables de la localidad.

La señora García tenía una hija de 15 años, de nombre Luisa que destacaba por su belleza y simpatía.

Instalado Villa, uno de sus asistentes, Alfonso Gómez, salió a dar un paseo por la plaza principal del lugar, no faltando quien le revelara que Luisita, la hija de doña Gertrudis estaba a punto de ser madre por obra y gracia del general Villa, quien así pagaba la hospitalidad que se le dispensaba.

Gómez se apresuró a llevar a su jefe los rumores que, de boca en boca, circulaban por todo el vecindario.

El Centauro, quien ya sabía del sucio chisme, montó en ira ordenándole a Gómez:

—Mira Alfonso: ¡merito me veriguas lo que haiga! porque bien caro ha de pagar el autor de este enredo.

No tardó mucho en saberlo; la misma doña Gertrudis, llorando, se lo contó: fue el cura del lugar, que visitaba la casa con frecuencia, quien había echado a perder a su hija y aconsejado culpar a Villa de lo sucedido a fin de que, siendo tan temido el guerrillero, la cosa quedara en silencio.



Noviembre 25 de 2006

Academia de Humanidades FES-Acatlán

Muy indignado, como él solía ponerse, mandó uno de sus dorados a traer, bajo rigurosa seguridad, al padrecito seductor. Ya en su presencia, con el áspero lenguaje que usaba enojado, le echó en cara su mala conducta de meterse como la humedad en casas desamparadas para abusar de muchachas ingenuas e inexpertas. ¿Así obraba un representante de Dios? Y lo más grave del caso: echarle la culpa a Villa, a él que ciertamente partidario de las aventuras amorosas, siempre había respetado las reglas del honor, de la amistad y de la hospitalidad. Después de tan tremenda regañada ordenó detener al sacerdote en un calabozo y, al amanecer del día siguiente, pasarlo por las armas.

La primera parte de la orden se cumplió desde luego, pero no tardaron comisiones de vecinos caracterizados de la localidad, que acudieron a pedir perdón para el condenado. Inclusive, doña Gertrudis y Luisita, bañadas en lágrimas, abogaron por él.

No pudo menos Villa que ceder ante tanto ruego, pero con la condición de que el cura tendría que casarse públicamente con la ofendida.

—Pero señor general, yo no puedo casarme; usted sabe muy bien que los sacerdotes de la Iglesia católica no se casan.

—Y también sé muy bien que no deben meterse a casas fáciles a enlodar la honra de muchachas tontas. En este caso prepárese para morir. O la vida con el matrimonio o la muerte con la ignominia.

Queriendo o no, el párroco optó por tomar mano.

Y, así las cosas, a las 10 de la mañana del jueves santo de 1919, Luisita y su seductor unían sus destinos en la Plaza de Armas de Satevó saturada de gente que a los acordes de la “Valentina” gritaba a voz en cuello:

¡Viva Villa!

¡Viva Villa!

Fuente: José G. Montes, *Anekdótico de la Revolución*. Edición de autor, México, 1981. pp. 109-111.

## ENTRADA TRIUNFAL

México, 7 de junio de 1911. En una manifestación de júbilo nunca vista en la capital mexicana, más de cien mil personas aclamaron hoy al jefe de la Revolución victoriosa, Francisco I. Madero, en su trayecto de la estación Colonia al Palacio Nacional.

En la madrugada un fortísimo temblor estremeció a la ciudad. La multitud salió a la calle y se quedó afuera para esperar la llegada. A las doce y ocho minutos entró en la estación el tren que condujo a Madero y a su esposa doña Sara. Las campanas de Catedral se echaron a vuelo. Hubo arcos triunfales. Dondequiera se escuchaban vivas a la democracia. (Un espectador le preguntó a otro quién era doña Democracia. Su acompañante respondió: “Debe ser la señora del Apóstol Madero”.)

En medio del entusiasmo del pueblo, Madero llegó a Palacio Nacional. A sus puertas lo esperaba el presidente interino. Madero y de la Barra subieron al balcón central para recibir el homenaje popular. Podemos afirmar que para México, hoy concluyó el siglo diecinueve y se inició el siglo veinte.

Fuente: *Tiempo de México*. 22 de noviembre de 1982.